

Estrategia Europa 2020

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO

La Estrategia, o Agenda, de Lisboa se puso en marcha en el Consejo Europeo celebrado en la capital portuguesa en marzo de 2000, con la pretensión de convertir la economía europea en la economía basada en el conocimiento más competitiva del mundo. Durante los cinco años siguientes se desarrollaron múltiples iniciativas buscando llegar a 2010 con una lista de objetivos cumplidos. En la revisión intermedia realizada en 2005, el Consejo Europeo reconoció que los avances habían sido muy escasos y decidió rebajar sus expectativas, renombrando la iniciativa como la Estrategia para el Crecimiento y el Empleo.

Las cosas no iban bien cuando las campanas alertaban sobre una posible crisis que sólo los necios negaban, pero que llegó antes que el año 2010, y con tanta virulencia que hizo añicos el presuntuoso lenguaje de Lisboa. Pero no importa, pues el político de turno, cualquiera que sea su estatus, siempre encuentra el aliño adecuado para enmascarar el fracaso. Por ello es la hora de hablar de “una estrategia para un crecimiento inteligente, sostenible e integrador”.

La Unión Europea (UE), mejor hoy la UE-27, sigue ingenuamente empecinada, en un idealismo trasnochado, en que sus competidores económicos y tecnológicos son EEUU y Japón, malgastando ingentes cantidades de dinero en engordar una burocracia sin límite y una clase política cobijada en Estrasburgo con salarios de lujo y nulo rendimiento. El caso español es tan célebre como ridículo, gastando dinero del sufrido contribuyente para pagar la traducción simultánea entre andaluces, el cordobés afincado en Cataluña y el sevillano vicepresidente. Así nos va.

Ahora nos percatamos de que vivíamos en Jauja, de que todo era un espejismo, de que la crisis ha venido a poner cada cosa en su sitio y ha servido para hacer una foto fija de la situación real. Mientras tanto, aquí en España –y en algún otro estado de la unión- los aplicados de la doctrina Solchaga se han forrado y, como suele ser habitual, han esquivado lujosamente la tal crisis.

El trance actual provocó una caída del PIB europeo en un 4% en 2009, un retroceso de la producción industrial a los niveles de los años 90 y que 23 millones de personas (el 10% de la población activa) se encuentran hoy en paro. La delicada situación del sistema financiero está frenando la recuperación, porque las empresas y las familias tienen dificultades para obtener créditos, gastar e invertir. Las finanzas públicas se han visto gravemente afectadas, con un déficit medio del 7% del PIB y niveles de deuda superiores al 80% del PIB; de esta forma, dos años de crisis han borrado veinte años de saneamiento fiscal. Además, nuestro potencial de crecimiento se ha reducido a la mitad y muchos proyectos de inversión, talentos e ideas podrían perderse debido a la incertidumbre, a la atonía de la demanda y a la falta de financiación.

A pesar de haber mejorado, los niveles de empleo en Europa (media del 66% para las personas entre 20 y 64 años) todavía son perceptiblemente más bajos que en otras partes del mundo: sólo el 63% de las mujeres trabaja, en comparación con un 76% de los hombres, y sólo el 46% de los trabajadores entre 55 y 64 años tiene un empleo, en comparación con más del 62% en Estados Unidos y Japón. Por otra parte, el europeo medio trabaja un 10% de horas menos que su equivalente estadounidense o japonés.

Ante semejante panorama, la Estrategia Europa 2020 propone tres prioridades: (1) Crecimiento inteligente, para desarrollar una economía basada en el conocimiento y la innovación; (2) Crecimiento sostenible, para la promoción de una economía que haga un uso más eficaz de los recursos, que sea más verde y competitiva; y (3) Crecimiento integrador, para fomentar una economía con alto nivel de empleo que redunde en la cohesión económica, social y territorial.

Para conseguirlas, los objetivos principales de la UE para 2020 son: (1) Lograr que el 75% de la población de entre 20 y 64 años tenga empleo; (2) Llegar a una inversión en I+D del 3% del PIB; (3) Rebajar las emisiones de gases de efecto invernadero al menos en un 20% con respecto a 1990, incrementar hasta un 20% el porcentaje de las fuentes de energía renovables en el consumo de energía hasta un 20% y en un 20% la eficacia energética; (4) Reducir el abandono escolar al 10% (desde el actual 15%) e incrementar del 31% al 40%, al menos, el porcentaje de población entre 30 y 34 años que finaliza la enseñanza superior; y (5) Reducir en un 25% el número de europeos que viven por debajo de los umbrales nacionales de pobreza, lo que supondría el rescate de más de 20 millones de personas. (El umbral nacional de pobreza se define como el 60% de los ingresos medios disponibles en un Estado miembro).

Buenas intenciones y poco dinero. Si en los diez años precedentes los pronósticos no se han cumplido, no veo una sola razón para creer que los diez venideros vayan a ser más optimistas.